

EN EL SANTUARIO DE WILLIAM FAULKNER

«¡En nombre de Dios, Jefferson!»; «Jefferson, Mississippi», agregó otro; «Jefferson, condado de Yoknapatawpha, Mississippi», corrigió un tercero, el cual, éste, ni siquiera se percató entonces de que aquello era todavía un conjunto aliento, un sueño unánime, caviloso y extático, harto capaz de permanecer en el pasado amanecer también.

Así fue bautizada Jefferson en el largo prólogo de *Réquiem para una mujer*, y así se la encuentra, desde entonces y bajo el seudónimo de Oxford, en cualquier mapa de los Estados Unidos. Brotó, tal vez, con tanta seguridad de los cuentos y novelas de William Faulkner, que ahora se puede llegar al escenario real de su ficción, hablar con sus personajes, tocar las piedras de los mismos edificios que se levantaron con palabras y respirar el aire húmedo y vegetal de su mejor prosa barroca. Viven todos alimentando el mito, en tanto su creador —el novelista— yace bajo una lápida de mármol en el cementerio del pueblo desde el 6 de julio de 1962.

La ciudad terrestre de Oxford existe desde que Faulkner trazara el preciso plano de Jefferson, partiendo de su mismo centro geométrico: la plaza en que desemboca la autopista que la une con la no menos mítica Memphis. No importa si fue al revés y una copió a la otra; para el viajero que llega con su lectura del escritor como único equipaje, esto no es más que la escenificación real de lo que leyó primero.

La famosa comparación con la tragedia griega que formulara por primera vez André Malraux se impone: los distintos edificios son arquetipos, los personajes reales son símbolos. El escenario es único en su primer círculo concéntrico: una plaza cuadrangular, en cuyo centro se levanta el Tribunal de Justicia y sobre cuyos lados se abren, por orden, la iglesia, el hotel principal, la prisión, las oficinas del abogado y del médico, la gran tienda, donde se puede comprar de todo, y la farmacia, donde funciona —todavía hoy— la oficina de correos.

Estos son los lugares sagrados donde el individuo se funde con la comunidad, la trasciende, se somete a ella y vive en conflicto. Como la ciudad antigua, Oxford o Jefferson, está sometida al veredicto colectivo y el caso distinto, el que sobrepasa las leyes que la rigen, se impone directamente, puede prescindir de las instituciones regulares.

No es difícil ser uno mismo —lector visitante— un protagonista más de Faulkner por escasos días: «el intruso» que viola la comunidad, el

que desafía la obsesión de pureza que tiene Jefferson. Tal vez se pueda llegar como un Sutpen o un Snopes y pedir alojamiento en el mismo hotel Holston que se levanta a un lado de la plaza y donde Faulkner solía beber, recostado en su añejo mostrador de estaño, el mal whisky destilado unas millas al Norte.

Tal vez sea posible decidirlo una hora antes en Memphis, la ciudad donde empieza el Sur para los teóricos de las fronteras. Allí—noventa millas hacia el nordeste—, en la Babilonia santificada por la depravación, se puede decidir el ingreso al mundo de Faulkner: muchos de sus mitos nacen justamente en el hall de este hotel. Allí, junto a especialistas como William Boozer, se pueden empezar a hilar los primeros cabos de la ficción con la realidad.

En este hotel, donde celebran anualmente sus convenciones los plantadores de algodón y donde finas *boutiques* presentan a las señoras del Sur los artículos recién llegados del *Este*, a veces llegaba el propio Faulkner rompiendo el mundo cerrado de Oxford. A las orillas del estanque cubierto de su gran hall, donde nadan los patos multicolores que son un orgullo sureño, podía vérselo tal vez esperando que su sastre lo atendiera o lo llamara para probarse el *smoking* que llevó a Estocolmo para recibir el premio Nobel. Una espera que fue parcialmente inútil porque—como aún repiten las malas lenguas locales— el pobre sastre no supo cómo hacerlo y debió encargarlo por teléfono a Nueva York, a una gran tienda de confecciones.

En Memphis empezó esta huida de la realidad a la ficción, tal como concluyeron otras tantas de la ficción a la realidad en las novelas de Faulkner. A Memphis huyen los rateros, protagonistas de *Los rateros*, en el automóvil que robaron en Jefferson; ellos, como el Popeye de *Santuario* que oculta a Temple Drake en el «santuario» de miss Reba, huyen hacia Memphis. Y en Memphis, donde el nombre «monja» puede ser el apellido de una prostituta, empieza esta huida.

Quienquiera sea el viajero «intruso», huyendo de la realidad hacia la ficción, reconocerá en el trayecto de Memphis a Oxford los límites del increíble condado de Lafayette o de Yoknapatawpha: las cabañas de madera, pintadas de vivos colores, donde viven los negros o los pobres blancos, las mansiones de amplias verandas y portales de altas columnas, las plantaciones espectrales que han ido invadiendo con una vegetación lujuriosa las espléndidas ruinas de un pasado todavía visible. Verá cambiar el paisaje y cómo los grandes árboles van cubriendo con sus ramas todo atisbo de luz; tendrá—apenas deje la autopista—la sensación de que hay aún entre los montes de húmeda vegetación pequeños senderos por los que se puede caminar para descubrir lo into-